



Guía de lectura

Premio Nobel de Literatura

Alice Munro

Algo que quería
contarte



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Algo que quería contarte se publica en 1974, en plena efervescencia de las conquistas civiles, laborales y sexuales que arrancaron en los años sesenta con el Movimiento de Liberación de la Mujer, impulsando el feminismo contemporáneo que transformaría el conjunto de la sociedad norteamericana, y daría pie a la eclosión de la literatura escrita por mujeres.

Alice Munro, con un don único para desentrañar los mecanismos del deseo, las frustraciones y las renunciadas cotidianas, abre este volumen con la historia que da título al libro, «Algo que quería contarte», donde sigue a lo largo de varias décadas la oscura relación de dos hermanas, Et y Char, marcadas por un trágico suceso de infancia, y expone la capacidad de algunas personas para amoldar la realidad a su conveniencia y encubrir la mezquindad en la que viven,

a la par que la incapacidad de otras para mentirse a sí mismas y seguir adelante.

Munro lanza así un dardo envenenado que sirve de hilo conductor de estas trece historias, en las que nunca se cuenta todo, ni se cuenta siempre la verdad, sino una versión más o menos intencionadamente sesgada y parcial. En esa zona de sombras hay secretos que no se desvelan, a veces por no herir a los demás, otras veces por supervivencia o egoísmo, y que hacen que nunca se llegue a conocer a nadie del todo.

«Cómo conocí a mi marido» es uno de los más explícitos en ese sentido: bajo el relato del despertar sexual de una chica de campo, vemos cómo una mentira piadosa en el fondo es un arma contra las fantasías del amor platónico. «Material», en cambio, es una lectura más ambigua, un guiño cómplice sobre la legítimi-

dad de explotar las vivencias propias, y también ajenas, como material literario, donde se arremete contra un escritor pedante que para su mujer ha perdido el misterio. Esa ambivalencia aparece también en «Dime sí o no», una historia epistolar de pasión y adulterio en la que vemos que a veces no nos reconocemos ni en una carta despechada que escribimos hace una semana, ni en las jóvenes que fuimos hace veinte años, a las que recordamos con un punto de nostalgia.

Ya se sabe, todo el mundo sabe, el catálogo de falsedades que defendíamos en los años cincuenta; es demasiado fácil burlarse ahora, proclamar que la madurez se medía por la posesión de lavadoras automáticas y un descontento político en sordina, por la adicción a la maternidad y los coches familiares. Demasiado fácil y no del todo cierto, porque olvida algo que resultaba atractivo, creo, de nuestra lasitud y nuestra docilidad, nuestro apego por los límites.

La adolescencia es otra época en la que Munro hace especial hincapié, y en la que los cambios del momento tienen especial trascendencia, como en «La barca abandonada», con los primeros escauceos entre chicos y chicas, pueriles pero cargados de los prejuicios y tabúes del sexo, y «Verdugos», donde se cuestiona la inocencia y la capacidad de manipulación en la infancia. Se esboza también, visionariamente, el tema de la adolescencia perpetua de la joven ya-no-tan-joven protagonista de «Marrakech» vista desde la óptica una mujer de la generación anterior. Además, Alice Munro vuelve recurrentemente a esos años de juventud en una explora-

ción personal partiendo del pasado de la familia, como en «Viento de invierno» o «El valle de Ottawa».

Las huellas de las dinámicas familiares son también el eje de otros relatos como «Despedida», la historia de dos hermanas con visiones contrapuestas de sus horizontes en la vida y que en un momento de pérdida hacen un acto de fe por reconciliarse, o «El perdón en las familias», donde una mujer habla de su hermano, un parásito de la sociedad adicto a las sectas religiosas, que en un vuelco de la situación la hace cuestionarse sus propios prejuicios.

Esas nuevas formas de espiritualidad aparecen en otros personajes con anhelos místicos y vidas bohemias que chocan con un entorno sobrio y puritano donde se los tacha de iluminados —como a Eugene, que pretende demostrar el poder de la mente sobre el cuerpo en «Caminar sobre las aguas», o al rosacruz que en «La dama española» aborda a una mujer en el tren, diciéndole que la conoce de una reencarnación anterior, y que sin proponérselo la despertará de su inercia—, aunque hay un punto heroico en su patetismo.

Más allá de los sucesos y los personajes concretos, estas trece historias se leen como un documento de una época en plena ebullición, donde las viejas certezas dan paso a unos escenarios cambiantes en los que, a pesar de las contradicciones, las ansiedades y los temores, late siempre una firme fe en la vida. Escritas hace más de cuatro décadas, nos permiten ver con distancia los logros y los fracasos de aquellas promesas a quienes venimos de un futuro cargado de otras incertidumbres.

EXTRACTOS

«No estoy al tanto de lo que Hugo escribe. A veces veo su nombre en la biblioteca, en la portada de alguna revista literaria que no me molesto en abrir; no he abierto una revista literaria en más de diez años, gracias a Dios. O veo en el periódico, o en un póster —quizá en la biblioteca, también, o en una librería— un anuncio de una mesa redonda en la universidad, donde Hugo va a debatir sobre el estado actual de la novela, o sobre el cuento contemporáneo, o sobre el nuevo nacionalismo en nuestra literatura. Entonces pienso: ¿de verdad irá gente?, gente que podría estar dándose un baño o tomando algo o paseando, ¿de verdad irá hasta el campus a buscar la sala y se sentará en filas a escuchar a esos tipos pedantes y peleones? Tipos hinchados, testarudos, impresentables, así es como los veo, consentidos por la vida académica, la vida literaria, por las mujeres. La gente irá a oírles decir que a tal y tal escritor ya no merece la pena leerlos, y que hay que leer a tal otro; a oírles menospreciar y ensalzar y discutir y burlarse y escandalizar. La gente, digo, pero me refiero a las mujeres, mujeres de mediana edad, como yo, atentas y temblorosas, deseando hacer preguntas inteligentes y no quedar en ridículo; jovencitas de pelo

sedoso rebosantes de veneración, deseando trabar la mirada con uno de los hombres del estrado. Las chicas, y también las mujeres, se enamoran de hombres como esos, imaginan que hay poder en esos hombres.

Las mujeres casadas con los hombres del estrado no están entre el público. Están haciendo la compra o limpiando cacas o tomando una copa. La vida para ellas gira alrededor de la comida y la caca y las casas y los coches y el dinero. Tienen que acordarse de buscar los neumáticos para la nieve e ir al banco y devolver los cascos de cerveza, porque sus maridos son tipos brillantes, talentosos e inútiles a los que hay que cuidar por el bien de las palabras que emanarán de ellos. Las mujeres del público están casadas con ingenieros o médicos o empresarios. Las conozco, son mis amigas. Algunas se han volcado en la literatura por frivolidad, es cierto, pero la mayoría vienen tímidamente, y con enorme esperanza pasajera. Absorben el menosprecio de los hombres del estrado como si lo merecieran; y a medias creen que lo merecen, por sus casas y sus zapatos caros, y sus maridos, que leen superventas de Arthur Hailey.

Yo también estoy casada con un ingeniero. Se llama Gabriel, pero prefiere

que lo llamen Gabe. En este país prefiere Gabe. Nació en Rumanía, vivió allí hasta el final de la guerra, cuando tenía dieciséis años. Ya no sabe hablar rumano. ¿Cómo puedes olvidar, cómo puedes olvidar la lengua de tu infancia? Antes pensaba que fingía haberla olvidado, porque las cosas que había visto y vivido cuando hablaba esa lengua eran demasiado espantosas para recordarlas. Me dijo que no. Me contó que su experiencia de la guerra no fue tan mala. Describió el jolgorio festivo que se armaba en la escuela cuando sonaban las sirenas antiaéreas. No le creía del todo. Le exigía que fuera un embajador de los malos tiempos así como de países lejanos. Entonces pensé que tal vez ni siquiera era rumano, sino un impostor.

Eso fue antes de casarnos, cuando venía a verme en el piso de Clark Road donde yo vivía con mi hija pequeña, Clea. Hija de Hugo también, claro, pero él tuvo que renunciar a la niña. Hugo consiguió becas, viajaba, se volvió a casar y su mujer tuvo tres hijos: se divorció y volvió a casarse, y su siguiente mujer, que había sido alumna suya, tuvo tres hijos más, el primero mientras él aún vivía con la segunda esposa. En tales circunstancias un hombre no puede aferrarse a todo. Gabriel a veces se quedaba toda la noche en el sofá plegable que hacía las veces de cama en ese apartamento minúsculo y cutre; y me gustaba mirarlo cuando dormía y pensar que en el fondo podía ser alemán o ruso o incluso canadiense, nada menos, y que fingía un pasado y un acento para resultar interesante. Era un hombre misterioso. Mucho después de que nos hiciésemos amantes y después

de que nos casáramos continuó, y continúa, pareciéndome misterioso. A pesar de todas las cosas que sé de él, cosas cotidianas y físicas.» (pp. 37-39)

«Yo tenía quince años y estaba fuera de casa por primera vez.

Mis padres me habían mandado al instituto durante un año con mucho sacrificio, pero no me gustó. Era tímida con la gente desconocida y había que esforzarse, nadie te lo ponía fácil ni te explicaba nada como se hace ahora. Al final del curso se publicaba la nota media en el periódico, y la mía quedó en la cola, un treinta y siete sobre cien. Mi padre dijo que hasta ahí habíamos llegado, y no le culpé. Lo último que quería, de todos modos, era seguir estudiando y acabar de maestra de escuela. Dio la casualidad de que justo el día en que se publicó el periódico con mi vergonzosa nota, el doctor Peebles se quedó a cenar en nuestra casa, porque acababa de ayudar a parir terneros mellizos a una de nuestras vacas, y dijo que le parecía una chica lista, y que su mujer estaba buscando una muchacha que la ayudara con las tareas domésticas. Nos contó que se sentía atada, con los dos críos, en medio del campo. Me lo imagino, dijo mi madre, por ser educada, aunque le vi en la cara que se preguntaba cómo diantre sería tener solo dos hijos y nada de faena en el establo, y encima quejarte.

Cuando me iba a casa, les describía las tareas que tenía que hacer allí y se tronchaban de la risa. La señora Peebles tenía una lavadora y una secadora automáticas, las primeras que vi en mi vida. Ahora hace mucho que tengo esos apa-

ratos en casa y cuesta recordar el milagro que me pareció entonces, no dejarte la piel escurriendo, tendiendo y recogiendo ropa. Por no hablar de no tener que calentar el agua. Además, prácticamente no se horneaba nada. La señora Peebles decía que no sabía preparar la masa de las tartas, la cosa más increíble que le había oído confesar a una mujer. Por supuesto yo sí que sabía, y podía preparar hojaldres y un bizcocho blanco y un bizcocho moreno, pero no querían; según ella, preferían cuidar la línea. A decir verdad, lo único que no me gustaba de trabajar allí era que me sentía medio hambrienta casi a todas horas. Solía llevarme una caja de rosquillas preparadas en casa y la escondía debajo de la cama. Los niños se enteraron, y no me importaba compartir, pero pensé que era mejor que me prometiesen mantenerlo en secreto.

El día después de que aterrizara el avión, la señora Peebles metió a los dos niños en el coche y los llevó a Chesley, a que les cortaran el pelo. Entonces había una mujer en Chesley que tenía muy buena mano. Ella, la señora Peebles, se arreglaba el pelo en el mismo sitio, y eso significaba que estarían fuera un buen rato. Tuvo que elegir un día en que el doctor Peebles no fuese a salir al campo, porque ella no tenía coche propio. Los coches todavía escaseaban en esa época, después de la guerra.

Me encantaba quedarme sola en la casa, para trabajar a mis anchas. La cocina era toda blanca y de un amarillo vivo, con luces fluorescentes. Eso fue antes de que se les ocurriera fabricar todos los electrodomésticos de distintos colores y hacer armarios oscuros que imitaban

la madera antigua y empotrar las luces. A mí me encantaba la luz. Me encantaba el fregadero doble. Igual que le habría encantado a cualquiera que estuviese acostumbrada a lavar los platos en un barreño con un agujero en el fondo tapado con un trapo, encima de una mesa cubierta por un hule a la luz de una lámpara de aceite. Mantenía todo como una patena.

El cuarto de aseo también. Me daba un baño una vez a la semana. No les habría importado que me lo diera más a menudo, pero a mí me parecía un abuso, o quizá temía que entonces perdiera encanto. El lavabo y la bañera y el inodoro eran todos rosas, y había una mampara de vidrio con flamencos pintados, para cerrar la bañera. La luz adquiría un resplandor rosado, y la alfombrilla se hundía bajo tus pies como la nieve, salvo que estaba tibia. Había un espejo de triple hoja. Con el espejo todo empañado y el aire convertido en una nube de perfume, exhalada por los cosméticos que me permitían usar, me ponía de pie sobre el borde de la bañera y me admiraba desnuda, desde las tres direcciones. A veces pensaba en cómo se vivía en mi casa y cómo se vivía allí, y en lo difícil que era imaginar una manera de vivir cuando vivías de la otra. Aun así, creía que era mucho más fácil, viviendo como vivíamos en casa, imaginar esas cosas, los flamencos pintados y la tibieza y la suavidad de la alfombrilla, de lo que era para alguien que solo conocía eso imaginar cómo era vivir del otro modo. ¿Y por qué sería?» (pp. 63-65)

«Esta era una parte del pueblo donde aún vivía bastante gente mayor, aunque mu-

chos se habían mudado a los bloques de apartamentos del otro lado del parque. El señor Lougheed tenía unos cuantos amigos, o tal vez sería mejor decir conocidos, con quienes se encontraba prácticamente a diario de camino hacia el centro, en la parada del autobús o en los paseos frente al mar. De vez en cuando jugaba a las cartas con ellos en sus cuartos o apartamentos. Era miembro de un club de petanca y de un club que traía películas de viajes y las proyectaba, en una sala del centro, durante el invierno. Se había apuntado a esos clubes no por un verdadero deseo de sociabilizar, sino como precaución contra sus tendencias naturales, que podían llevarle, pensaba, a acabar convertido en una especie de ermitaño. Durante todos los años que pasó tras el mostrador de una farmacia había aprendido a lidiar en todo tipo de conversaciones con toda clase de gente, a deslizarse afablemente por la conversación sin dejar de rumiar sus propios pensamientos. Practicaba la misma técnica con su mujer. Su objetivo era dar a la gente lo que creía que necesitaba, y continuar a lo suyo, solo y en paz. Aparte de su mujer, poca gente había sospechado nunca qué se traía entre manos. Pero ahora que ya no estaba obligado a dar nada a nadie, en el sentido cotidiano del día a día, de vez en cuando se ponía a propósito en una situación donde tuviera que hacerlo, porque creía que en cierto modo le iba bien. Si dependiese solo de él, ¿con quién hablaría? Con Eugene, nada más. Acabaría por ser un incordio para Eugene.

Fue en el paseo frente al mar cuando el señor Lougheed oyó por primera vez lo que Eugene había estado sugiriendo.

—Dice que puede caminar sobre el agua.

El señor Lougheed estaba seguro de que Eugene no había dicho tal cosa.

—Todo consiste en pensar en el peso fuera del cuerpo, según él. No hay nada que no puedas controlar si te lo propones. Eso es lo que dice.

Quienes hablaban eran el señor Clifford y el señor Morey, sentados en el banco del mirador recuperando el aliento.

—La mente sobre la materia.

Invitaron al señor Lougheed a sentarse, pero prefirió quedarse de pie. Era alto y delgado y, si mantenía un paso razonable, no perdía el resuello.

—Eugene habla mucho de esa clase de cosas, pero es mera especulación —les aclaró. No dio importancia al tono con que hablaban de Eugene, aunque sabía que en parte estaba justificado—. Es muy inteligente. No está chiflado.

—Tendremos que esperar a la demostración para dar nuestro veredicto.

—O él está chiflado, o lo estoy yo. A menos que sea Jesucristo.

—¿Qué demostración? —preguntó el señor Lougheed con cautela, temiéndose lo peor.

—Va a demostrarlo echando a caminar desde el muelle de Ross Point.

El señor Lougheed dijo que estaba seguro de que Eugene solo bromeaba. El señor Clifford y el señor Morey le garantizaron que no era ninguna broma, sino un compromiso serio. (El señor Clifford y el señor Morey, diciendo que iba en serio, se reían por lo bajo y movían la cabeza con aire burlón, mientras el señor Lougheed, diciendo que iba en broma, fruncía el ceño y se mantenía distante.)

La cita sería el domingo por la mañana.»
(pp. 87-89)

«A menudo he pensado que si tuviera que ir a un psiquiatra, me preguntaría por mis antecedentes familiares, como es natural, así que tendría que empezar por hablarle de mi hermano, y el psiquiatra ni siquiera esperaría a que acabara, seguro, me encerraría.

Le dije eso a mamá; se echó a reír.

—Eres dura con ese chico, Val.

—¿Chico? —le dije—. Ese hombre.

Se rio, lo admitió.

—Pero recuerda que los lunáticos también son hijos de Dios —dijo.

—¿Cómo lo sabes, si eres atea? —contesté.

Había cosas que mi hermano no había podido evitar. Nacer, por ejemplo. Nació la misma semana que empecé a ir a la escuela, ¿se puede ser más oportuno? Yo estaba asustada; no era como ahora, que los niños llevan ya años yendo a la guardería y al parvulario. Iba a la escuela por primera vez y a todos los demás niños los acompañaba su madre, ¿y dónde estaba la mía? En el hospital teniendo un bebé. Qué bochorno pasé. Esas cosas daban mucha vergüenza entonces.

No tuvo la culpa de nacer y tampoco tuvo la culpa de vomitar en mi boda. Imaginaos. El suelo, la mesa, se las ingenió incluso para salpicar el pastel. No iba borracho, como algunos supusieron, la verdad es que cogió una gripe criminal, que de hecho a Haro y a mí nos tumbó también durante la luna de miel. Nunca he oído que nadie más con una gripe haya vomitado encima del mantel de encaje y los candelabros de plata y el pastel

en el banquete de una boda, pero podría achacarse a la mala suerte; quizá todos los demás cuando les entraron las ganas estaban más cerca de un aseó. Y tal vez todos los demás se aguantaran un poco más las ganas, tal vez, porque nadie es tan especial ni se siente tanto el centro del universo como mi hermano pequeño. Llamadlo simplemente un hijo de la naturaleza. Así se haría llamar él mismo, más adelante.

Me saltaré sus andanzas desde que nació hasta que vomitó en mi boda, salvo para mencionar que tenía asma y se quedaba en casa sin ir a la escuela una semana tras otra, escuchando los seriales radiofónicos. A veces había una tregua entre nosotros, y entonces conseguía que me contara lo que pasaba cada día en Big Sister o Road of Life y ese otro con Gee-Gee y Papa David. Era muy bueno para recordar todos los personajes y desentrañar todos los enredos, he de reconocerlo, y leía mucho *Gateways to Bookland*, aquella preciosa antología que mamá nos compró y que luego él se llevó a hurtadillas y vendió, por diez dólares, a un librero de viejo. Mamá decía que podría haber sido brillante en la escuela si le hubiera dado la gana. Ese hermano tuyo es un enigma, solía decir, verás como nos dará sorpresas. Tenía razón, nos las dio.» (pp. 117-118)

«Persistentemente te imagino muerto.

Me dijiste que hace años me amabas. Hace años. Y yo te dije que también estaba enamorada de ti entonces. Una exageración.

En aquella época era muy joven, pero no lo sabía porque entonces corrían otros tiempos. A la edad en que hoy en día las chicas se dejan el pelo hasta la cintura,

viajan por Afganistán, se mueven —esa es la impresión que me da— como anguilas entre diversos amores, inocentes y pasajeros, yo estaba lavando pañales medio dormida, envuelta en una bata roja de pana, con una franja mojada en la cintura; estaba empujando a un bebé en cochecito o en una sillita de paseo (tan habitualmente que sin ese accesorio sentía una ligereza inquietante en los brazos, tenía que redistribuir el peso del cuerpo, inclinado hacia atrás), estaba leyendo y quedándome dormida en el sofá por la tarde. Nos compadecen por esa brega obsoleta, a las mujeres de mi edad, nosotras mismas nos compadecemos, pero a decir verdad no siempre estaba mal, a veces era reconfortante: las labores rituales, pequeñas recompensas de café y cigarrillos, las conversaciones desquiciadas y divertidas de rigor con otras mujeres, soñar con dormir de lujo.

Vivíamos entonces en una comunidad que se llamaba Las Casetas, en el límite del campus. De hecho, eran viejas casetas del ejército, donde se alojaban estudiantes casados. Leí *La montaña mágica*, durante todo un invierno, me quedaba dormida con el libro abierto sobre la tripa. A veces se lo leía a Douglas en voz alta, cuando estaba demasiado cansado para seguir trabajando. Cuando terminara *La montaña mágica* pensaba lanzarme con *En busca del tiempo perdido*. Íbamos a trompicones hasta la cama, unidos por las ganas de dormir. Pero de vez en cuando me tocaba levantarme, más tarde, y meterme en el cuarto de baño para ponerme el diafragma. Si me asomaba a mirar por la mitad superior de la ventanita del lavabo, a través del hueco en las cortinas de plástico, veía

luz en alguno de los otros cuartos de baño de la colonia, e imaginaba a otras mujeres casadas, en pie en plena noche con un recado parecido. Criaturas de uso diario, inseparables de los bebés, de la cocina y los barreños, entregadas ahora a nuestra función nocturna, con sus connotaciones de pecado y esplendor desvaneciéndose a toda prisa. Recordaba de tiempos pasados —cuatro o cinco años, en realidad, que me parecían tiempos muy lejanos— una visión apocalíptica del sexo (leíamos a Lawrence, muchas éramos vírgenes a los veinte años). Ahora se había reducido a ese intercambio brioso, monótono, satisfactorio y acotado, contenido apropiadamente en esas dependencias domésticas. No sentía nada tan definido como la insatisfacción. Tan solo registraba un cambio, igual que seguía registrando el esplendor menguante de la Navidad. Creía que esos cambios se daban porque me había hecho mayor y me había habituado al mundo. Era tan joven como para pensar así, todos lo éramos. Una palabra que usábamos a menudo era “madurez”. Nos encontrábamos con alguien que conocíamos desde hacía años y comentábamos que esa persona había madurado mucho. Ya se sabe, todo el mundo sabe, el catálogo de falsedades que defendíamos en los años cincuenta; es demasiado fácil burlarse ahora, proclamar que la madurez se medía por la posesión de lavadoras automáticas y un descontento político en sordina, por la adicción a la maternidad y los coches familiares. Demasiado fácil y no del todo cierto, porque olvida algo que resultaba atractivo, creo, de nuestra lasitud y nuestra docilidad, nuestro apego por los límites.» (pp. 133-135)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. No es casual que «Algo que quería contarte» sea el cuento que dé título a la colección y abra el libro... ¿Qué sentido pudo querer darle Alice Munro en un momento en que la literatura escrita por mujeres vivía un despertar sin precedentes, y había mucho por contar?
2. Este libro se publicó en un momento en que España estaba todavía bajo la dictadura. ¿Veis distancias en el papel de la mujer respecto a la situación que se vivía aquí entonces? ¿Qué más os parece que cambia en la mentalidad del conjunto de la sociedad al leer a Alice Munro?
3. Munro ahonda en las complejidades de personajes en apariencia corrientes, demostrando que en cada ser humano hay un mundo de anhelos, renunciaciones y secretos que merece explorarse. ¿Cuáles son los personajes que más os han interpelado del libro?
4. Alice Munro es una maestra indiscutible del relato breve. Cynthia Ozick dijo que Alice Munro es «nuestra Chéjov», porque su sensibilidad y su arte para condensar a menudo décadas en unas pocas páginas, le permiten llegar al fondo del alma humana con sagacidad y compasión. ¿Qué efecto os provoca la lectura de un cuento frente a la de una novela? ¿Creéis que la economía necesaria de los cuentos da más peso a lo que no se cuenta, a lo que va por debajo y da pie a una lectura más activa, donde juega un importante papel la intuición? ¿Os parece que los cuentos de Munro dan un mensaje cerrado a los conflictos que plantean?
5. ¿Qué diferencias veis entre Et y Char, las hermanas del primer relato, y Eileen y June, las protagonistas de «Memorial», sabiendo que las primeras son de una generación anterior y no han vivido la segunda ola del feminismo que nace en Norteamérica a principios de los años sesenta?

6. Esos mismos personajes son ejemplos de distintas formas de entender la unión en las familias, otro de los temas presentes en varias historias de este libro y que atraviesa la obra de Alice Munro hasta el final... ¿La «fuerza de la sangre» es un lazo que todas las personas sienten por igual? ¿Creéis que ha ido evolucionado también en nuestra sociedad y nuestro concepto de familia?
7. En «Material» se cuestiona con mucha ironía el derecho a hacer literatura con las vivencias ajenas. La propia Munro parece saltar del papel en «Viento de invierno» cuando dice: «He usado a estas personas... antes. Las he adornado y alterado y modelado de mil maneras, para satisfacer mis propósitos... tengo reparos. A pesar de que solo estoy haciendo a una escala más grande y pública lo que se ha hecho siempre. Incluso en aquel lugar de gente parca en palabras se creaban historias. A cada cual le perseguían sus historias allá donde iba. A mi abuela la perseguía la suya, y nadie se la mencionó jamás a la cara». ¿Qué opináis, contar historias es intrínseco al ser humano? ¿Es inevitable hablar —escribir— de una u otra manera sobre lo que conocemos?
8. Pensando en la dualidad entre los cuentos que Munro sitúa en las zonas rurales y los que sitúa en el anonimato de las ciudades, ¿se vive más libremente sin el peso del qué dirán?
9. Un debate que ha surgido con el auge de la llamada «autoficción» en los últimos años, ¿creéis que hay límites que no se deben traspasar al hablar de los demás, o, en el arte, el fin justifica los medios?
10. La trayectoria y la vida de Alice Munro sería un fiel reflejo de la época en que escribió estos cuentos: fue por entonces cuando se divorció tras dos décadas de matrimonio y tres hijas (una murió a las pocas horas de nacer), regresó de una gran ciudad a su Ontario natal (donde se había criado en una familia venida a menos, marcada por la enfermedad degenerativa de su madre) y se volcó de lleno en la escritura. Ella misma ha dicho que «la autobiografía vive en la forma, más que en el contenido». Pensando en cuentos narrados desde una voz marcadamente femenina, tan directa, tan «personal», ¿os da la impresión de que algunos temas lindan con la biografía de la autora?

11. En *Mi vida querida*, el libro con el que anunció el final de su carrera en 2013, Munro regala a los lectores una coda final, después de la decena larga de historias que forman el volumen, con cuatro relatos, de los que dice que no son «exactamente cuentos. Forman una unidad distinta, que es autobiográfica de sentimiento, aunque a veces no llegue a serlo del todo». El último de ellos, acaba así: «Solemos decir que hay cosas que no se pueden perdonar, o que nunca podremos perdonarnos. Y sin embargo lo hacemos, lo hacemos a todas horas». ¿Escribir puede ser una manera de rendir cuentas con el mundo, y de hacer las paces con la vida?

12. Alice Munro recibió el Premio Nobel de Literatura en 2013. Desde 1901, solo 16 mujeres han obtenido el galardón, pero parece que esa inercia está cambiando, porque en lo que va de siglo XXI son siete las galardonadas. ¿Creéis que es un reflejo de que en los premios, igual que en otras esferas de poder, empiezan a volverse las tornas?

LA AUTORA



ALICE MUNRO creció en Wingham (Ontario) en el seno de una familia de granjeros y estudió en la Universidad de Western Ontario. Es autora de doce volúmenes de relatos, tres antologías y una novela. Sus cuentos han aparecido en revistas como *The New Yorker*, *The Atlantic Monthly* o *The Paris Review*, y han sido traducidos a trece idiomas. A lo largo de su dilatada trayectoria ha recibido numerosos galardones, entre los que destacan los canadienses Governor General's Award (en tres ocasiones) y Giller Prize (en dos), los estadounidenses National Book Critics Circle Award, Rea Award y Lannan Li-

terary Award, el inglés W. H. Smith Literary Award, y el italiano Ennio Flaiano, así como el prestigioso Man Booker International Prize, que le fue otorgado en 2009 por «la gran contribución de su obra al panorama literario mundial». En 2013 recibió el Premio Nobel de Literatura por «su maestría en el arte del relato». Lumen ha publicado *La vida de las mujeres* (1971), *Demasiada felicidad* (2009), *Mi vida querida* (2012), la selección de sus mejores cuentos que ella misma compiló bajo el título *Todo queda en casa* (2014), *¿Quién te crees que eres?* (2019) y, ahora, *Algo que quería contarte*.

«Quisiera que mis historias tuvieran que ver con la vida, que el lector no dijera: “Venga, esto no es real”, sino que hallara en ellos una recompensa, pero no porque tengan un final feliz ni nada por el estilo, sino porque todo lo que la historia cuenta lo conmueva de tal modo que se sienta una persona distinta tras la lectura.»

Alice Munro

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE LA AUTORA

«“Diseción” es la palabra que mejor describe la obra de Munro. ¿Cómo deberíamos llamar si no a la combinación de escrutinio obsesivo, exhumación arqueológica, recuerdo preciso y detallado, y obsesión por el reverso más sórdido, miserable y vengativo de la naturaleza humana, la confesión de secretos eróticos, la nostalgia por la tristeza desaparecida y el regocijo por la plenitud y la variedad de la vida?»

Margaret Atwood, *The New Yorker*

«De los pocos escritores (algunos vivos, la mayoría muertos) que tengo en mente cuando digo que la ficción es mi religión.»
Jonathan Franzen

«Una escritora maravillosa. [...] y qué alentador resulta para los que amamos el relato que honren [con el Premio Nobel] a esta maestra del cuento realista, “chejoviano”.»
Joyce Carol Oates, *The New Yorker*

«Si los cuentos tratan de la vida, y las novelas del mundo, los vastos relatos de Munro hablan un poco de ambos: el destino, el tiempo y el amor son los temas que más le interesan.»

Lorrie Moore, *The New Yorker*

«Alice Munro ha sido comparada con Chéjov; John Updike añadió a Tolstói, y A. S. Byatt a Guy de Maupassant y a Flaubert. Munro es considerada la mejor escritora viva de cuentos en inglés.»
Aida Edemariam, *The Guardian*

«Nadie como Alice Munro sabe, o nos ha hecho leer, que lo cotidiano es insondable. La mayoría de sus historias están construidas como delicadas piezas de origami, en las que el tiempo se vuelve materia flexible y porosa.»

Isabel Navarro, *Traveler*

«Me habría gustado escribir cualquier cuento de Alice Munro. Me parece una maestra. Me ha ayudado a escribir sobre la maternidad, la amistad entre mujeres, las relaciones entre madres e hijas.»

Elvira Lindo, *La 2TV*

«Alice Munro puede mover a sus personajes a través del tiempo como ningún otro escritor. No te percatas de que el tiempo está pasando, solo de que ha pasado. En este sentido, el lector se parece al personaje, que también se da cuenta de que el tiempo ha pasado y de que su vida ha cambiado, sin comprender bien cómo, ni cuándo, ni por qué. Esta rara habilidad explica en parte por qué sus relatos tienen la misma densidad y alcance de la novela. He tratado alguna vez de descubrir cómo lo hace, pero no lo he conseguido, y me alegro de ese fracaso porque nadie puede ni debe escribir como la magnífica Alice Munro.»

Julian Barnes, *The New Yorker*

«Su obra me pareció revolucionaria cuando la descubrí, y sigue pareciéndome ahora. Me enseñó que un relato puede lograrlo todo. Le da la vuelta por completo a la forma. Me inspiró para ir más allá, para derribar muros. Su obra demuestra que el misterio de las relaciones humanas y de nuestra psique sigue siendo la esencia y la fuerza motora de la literatura.»

Jhumpa Lahiri, *The New Yorker*

«Una maestra en la narración de lo cotidiano inquietante, de la apenas perceptible perturbación prohijada en un contexto aparentemente apacible donde los personajes no ponen de manifiesto sus desequilibrios y sus sombras de manera excesiva. [...] La lectura de cualquier texto de Munro requiere siempre de la completa entrega del lector, sin cuya atención extrema le pasarían desapercibidos los detalles que constituyen la frontera narrativa entre el costumbrismo a secas y el costumbrismo pasado por el tamiz de un indicio helador.»

María Teresa Lezcano, *Sur*

